

catoria de asambleas, tiempo libre para desarrollo de tareas sindicales, etc. Se trata, por lo tanto, de una propuesta concreta a lo que supone un contenido real de la libertad sindical. Tal y como se han puesto las cosas es difícil saber si se iniciará o no una negociación o diálogo con el Gobierno sobre estas materias; tampoco si será antes o después de una decisión sobre su posible legalización, pues quizá las centrales prefieren esperar a una clarificación con el Gobierno antes de lanzarse a meter sus estatutos por el registro. Aquí las garantías podrían adquirir una nueva dimensión, pues resultaría altamente peligroso que en

este campo se repitiera la "operación partidos". Si el Gobierno quiere evitar, como ha declarado por boca de su ministro de Sindicatos, "la anarquía, el confusiónismo y la violación de la ley", en el campo de las relaciones laborales, no sería bueno demorar la legalización de las centrales democráticas y mucho menos caer en la tentación de las discriminaciones entre unas y otras que hoy se observan.

El único sentido de esta ley que acaba de aprobarse sería precisamente esa legalización de los sindicatos democráticos; si no es así no habrá servido para nada y se pondría en entredicho no sola-

mente la reforma sindical, sino incluso la política. A partir de esa legalización, por el contrario, podría iniciarse un período de negociación más fructífera en el camino de la plena libertad sindical. Dadas las demoras que todo este proceso está sufriendo, los trabajadores están volviendo a la carga cada vez con más fuerza y este mes de abril promete ser movido: el 11 en Cataluña —con toda la construcción en huelga—, el 15 por todas partes, el 22 en Euskadi y el 1.º de mayo, ya denominado el de la libertad sindical, como posible culminación de un proceso y apertura de una nueva etapa en la vida sindical de nuestro país.

Armada y Guardia Civil, por los dos extremos de la explanada. "Serenidad, camaradas. La Fuerza Pública está aquí. No corráis. Aquí nadie quiere violencia. Somos trabajadores pacíficos..."

Al pie del camión, Tranquilino Sánchez le apremiaba: "¡Paco, que no hay tiempo, lo del 15!". Fue Pedro Cea, del secretariado de la USO madrileña, quien agarró el megáfono para gritar: "Sabéis que Comisiones y USO hemos convocado conjuntamente para el 15 de abril una jornada de lucha contra el Decreto de Relaciones Laborales, que..."

Las primeras bombas de humo estallaron en ese momento, tras trazar curvas parabólicas, en los tejadillos de la plaza de toros. La muchedumbre se apretujó, y seguían llegando trabajadores.

Pedro Cea protestó por el megáfono: "La Fuerza Pública está para mantener el orden, y aquí no hay desorden". Y García Salve: "A nuestra pacífica petición de libertad sindical y de libertad de reunión se nos responde con bombas de humo y con porras. Pues bien, para defender nuestros derechos iremos a la lucha el 15 de abril. ¡Serenidad compañeros! ¡Pido también serenidad a la Fuerza Pública!"

En ese momento, un guardia civil se acercó al camión, con un megáfono, y le pidió a García Salve que bajara. Al hacerlo éste, cundió el temor de que el cura Paco fuera detenido. Pero la intención del número de la Guardia Civil parecía limitarse a que pidiera él mismo la dispersión ordenada de la concentración. Así lo hizo García Salve, pero de nada sirvió, porque en el mismo momento en que lo hacía y sin más aviso empezaron a estallar bombas de humo rojizas mientras cargaba enérgicamente la Policía, entre los abucheos de la vecindad asomada a ventanas y balcones. Las bombas fumígenas ya no iban a los tejadillos de la plaza de toros, sino al bulto en marcha de una multitud que corría espoleada por el pánico y medio asfixiada y llorosa por las bombas. Era lacrimógena. El aire era irrespirable. La carrera se convirtió en manifestación hacia el Hospital Militar y la calle de la Oca, entre los aplausos de la gente desde los balcones, el son de los claxons de los automovilistas ("Li-ber-tad") y las sirenas de los vehículos policiales. Las cargas de la Policía que produjeron varios heridos dividieron la manifestación, es decir, la multiplicaron en numerosas manifestaciones de docientas a trescientas personas por todas las calles del barrio. Algunas de estas manifestaciones se aquietaban de vez en cuando en remansados mítines-relámpago, como el que dio un joven encaramado a una barandilla del Metro de Vista Alegre, hasta que lo interrumpió una bomba de humo que cayó limpiamente —es un decir— en la misma boca del Metro, por la que buscaban refugio algunos manifestantes.

En algunos puntos, pequeños grupos rehusaron correr e intenta-

Comisiones Obreras y U.S.O., apaleadas en Vista Alegre

MIGUEL SALABERT

SABIAN lo que les esperaba. Subían por millares en la tarde del sábado, con aire preocupado pero resuelto, por las calles de General Ricardos y de la Oca. Iban jóvenes y viejos, hombres y mujeres con sus pegatinas de Comisiones y de USO bien visibles en el brazo o en el pecho. Eran los del metal, los de la construcción, los de las químicas, los del gas y la electricidad, los de la Banca y el comercio... Venían de todas partes, desde barriadas tan distantes como Getafe, Usera, Villaverde, Vallecas, San Blas, el Pilar, el Pozo del Tío Raimundo, Alcorcón, Móstoles, San Sebastián de los Reyes...

En Carabanchel era la cita. En la plaza de toros de Vista Alegre, donde una semana antes había tenido lugar el mitin del PSP. Pero este sábado no hubo alegría en Vista Alegre.

Sabían lo que les esperaba. Por eso no eran los cien mil que, según los organizadores, habrían acudido como mínimo, para seguir el acto dentro y fuera del coso, si hubiera sido autorizado. Eran de doce a quince mil los que acudieron a la convocatoria de USO y CC. OO. para expresar su protesta contra la prohibición del mitin.

Lo que sucedió

Media hora antes de la señalada, las seis de la tarde, más de cuatro mil personas se hallaban ya concentradas, con banderas y pancartas de ambas centrales sindicales, en uno de los laterales de la plaza que rodea al coso. Macario Barja, de CC. OO., pudo hablar ante ellas unos minutos, justo el tiempo necesario para recordar la convocatoria a la jornada de lucha del 15 de abril y para expre-

sar la protesta por el trato discriminatorio del Gobierno para con las distintas centrales sindicales. ("¡Por algo será!", gritó alguien, con un enorme vozarrón). No hubo tiempo para más. Los intentos de negociar con la Policía la ordenada continuación del mitin callejero acabaron como siempre, a porrazos y a carreras. Los cuatro mil trabajadores tuvieron que salir de naja, en dirección al Hospital Militar, con la Policía detrás.

Ya veinte minutos antes, la Policía había disuelto a los piquetes del servicio de orden montado conjuntamente por USO y CC. OO. y cuyos efectivos, los previstos al menos para el acto legal, eran de dos mil trabajadores.

Pero hacia las seis de la tarde, la explanada de la parte trasera de la Plaza de toros, la que da a la calle Castrogeriz, se hallaba nuevamente repleta por una muchedumbre que podía evaluarse en más de diez mil personas, y a la que iban incorporándose por pequeños grupos los fugitivos de la primera carga policial. Se cantó la Internacional y al desplegarse las banderas de las dos centrales sindicales la plaza se convirtió en un inmenso clamor. Los gritos de "Unidad sindical" y "Libertad sindical" fueron durante unos momentos la sístole y la diástole del unánime latido del corazón de la muchedumbre. No faltó después el consabido grito de "El pueblo unido, jamás será vencido", que trajo naturalmente a colación el no menos consabido de "Fraga, el pueblo no te traga". Lo que hizo mascarullar a alguien a mi lado: "Fraga, muy bien, pero y Martín Villa, ¿qué? ¿de campo?"

Iba yo a decirle a mi vecino que lo que pasa es que Martín Villa tiene el arte de pasar inadverti-

do y que en eso se distingue de Fraga. En eso y en que a diferencia de Fraga, que se dice "demócrata" de centro, él se dice "socialdemócrata" de centro-izquierda. Iba a decirle a mi vecino que lo que pasa es que no aporrea las mesas como Fraga, sino que las barre con los ojos, que tiene suave el decir y tangencial y huido el mirar, lo que no le impide quitarle el ojo, o mejor, la ojeriza, a Comisiones. Iba a decirle que cuando Martín Villa habla, lo hace de modo muy diferente a Fraga, pero que cuando se expresa por poderes, como iba a hacerlo de un momento a otro, no es menos tajante y rotundo que su antecesor en el cargo. Iba a decirle que su política sindical es la misma que la de Fraga. Pero no pude. Me lo impidió un griterío en una esquina de la plaza.

Llegó envuelto en olor de popularidad, entre apretones de manos y una lluvia de golpes callosos en la espalda —una verdadera paliza— al grito coreado de "¡Pa-co-Pa-co-Pa-co!". En un santiamén, al cura Paco lo subieron en volandas a un camión. Buen púlpito para Francisco García Salve que, inmediatamente, sacó de donde pudo su más alto registro de voz, que traía ya considerablemente cascada, para gritar: "¡Compañeros de USO y de Comisiones, un saludo unitario, pues los que estamos aquí somos los que queremos la unidad sindical por el bien de los trabajadores...". Cuando escaparon los gritos de "Unidad", García Salve, armado ya de un megáfono que le había llegado de mano en mano, prosiguió: "Los compañeros que hablan de pluralismo sindical no se dan cuenta de...". Le interrumpieron gritos de inquietud que agunciaban la llegada de las fuerzas del Orden Público, Policía

ron dialogar socráticamente con las Fuerzas del Orden Público. Pero no estaba allí el horno para mayéuticas. Por cierto, que me hubiera gustado a mí ver cómo se las habría apañado Sócrates en un berenjal de éstos. Como me gustará también ver cómo se las van ha arreglar Martín Villa y sus seguidores para explicar a los carabancheleros en la campaña electoral —si es que la hay— las soluciones de ese roldifismo socialdemócrata-centro-izquierdista.

Carabanchel vivió el sábado una jornada más de su larga y agitada historia de lucha por la libertad. Una jornada más, pero una jornada distinta, más estridente y escandalosa que nunca. No por los incansables gritos de "Libertad sindical" que resonaron en sus calles, sino porque en ellas se estaba negando en la práctica ostentosa mente esa libertad sindical que unos días antes había sido proclamada a los cuatro vientos enrarecidos de las Cortes y de la RTVE por el ministro de Relaciones Sindicales, señor De la Mata. Y también porque en ese día se había negado a dos centrales sindicales el derecho de reunión que se había reconocido una semana antes a la CNT.

Discrimina, que algo queda

Cuestión esta, la de la discriminación entre "buenos" y "malos", que nos remite de nuevo, aunque por otras vías, a la comparación entre Fraga y Martín Villa. O a la ponderada afirmación de que la política de éste es una continuación de la de aquél.

Ministro de Gobernación era Fraga, y de Relaciones Sindicales, Martín Villa, cuando ambos hicieron la vista gorda sobre el Congreso de la UGT celebrado en abril del año pasado y que llegó a merecer hasta los honores de la RTVE, aun cuando ésta lo presentara como unas "Jornadas de Estudios Sindicales". Hasta para los menos avisados resultó obvio entonces que los designios del Gobierno Arias eran los de fomentar la pluralidad sindical a través del fortalecimiento que a la UGT podría propiciarle la tolerancia. En los cálculos de Fraga y Martín Villa entraba también en línea de cuenta la posibilidad de la apertura de un foso entre la clase trabajadora, como consecuencia de una eventual reacción adversa de CC. OO. Este cálculo les falló, ante la inteligente reacción de las organizaciones sindicales y ante la propuesta por la UGT en dicho Congreso de crear una Coordinadora Sindical. La misma que se llevaría a cabo y de la que UGT acaba de salir unilateralmente.

La política sindical de la reforma Arias-Fraga-Martín Villa continúa, pues, en su versión Suárez-Martín Villa-De la Mata.

Pues las innumerables prohibiciones de actos de que están siendo víctimas Comisiones Obreras sólo tienen por fin frenar su normal crecimiento y fomentar no ya la pluralidad, sino la atomización sindical. ■ M. S.

Heladas

Nueva catástrofe agraria

CARLOS ELORDI

Si la "pertinaz sequía" de 1947 pasó a engrosar el archivo franquista de los enemigos de la patria, la impresionante helada que en la última semana ha caído sobre los campos de toda España figurará como uno de los muchos dramas del posfranquismo incipiente. Por si no bastaran los gravísimos problemas económicos, y políticos y sociales, también la climatología toma partido. Y tras un inaudito verano en pleno invierno, adecuado acompañamiento de la reforma en curso, un frente frío se

más afectados han sido los frutales —pera, almendra, melocotón, manzana, albaricoque, cereza, ciruela—, la vid, el olivo y hasta los cereales en algunas zonas.

Y si el Ministerio de Agricultura cifra en un 1 por 100 de la producción final agraria el perdido, la suma de los datos provisionales recogidos por la prensa diaria en algunas provincias llega a superar un 10 por 100... del valor de los productos. Porque en las zonas en las que la cosecha se recoge a base de mano de obra asalariada,

que se están entrevistando con los funcionarios del Ministerio de Agricultura en Madrid; piden créditos a largo plazo para rehacer sus campos, sus economías, y ayudas a fondo perdido para los braceros, que les permitan sobrevivir en un año en el que no van a trabajar porque no va a haber cosechas: 50.000 pesetas para cada familia. Las uniones de campesinos, protagonistas de la pasada huelga, estudian los problemas de cada zona concreta.

Es difícil decir cuánto se ha perdido: sin duda bastante más de lo que sugieren las cifras provisionales del Ministerio de Agricultura. De cualquier forma, las heladas van a agravar hasta extremos críticos la ya difícil situación del campo y de los campesinos. "Si no se nos ayuda, en el campo se van a quedar sólo los viejos", han dicho los protagonistas en los primeros momentos. La ayuda oficial se impone, en efecto: no es sólo un problema de justicia social, es de interés económico para todo el país.

Primero, porque la pérdida de cosechas va a provocar la escasez de productos. Y la inmediata consecuencia de esta escasez va a ser el aumento de los precios. Está, además, la exportación: los productos tempranos que hoy se han perdido son puntos fuertes de nuestra exportación agraria, que inevitablemente va a disminuir este año. Pero es que también nos vamos a ver obligados a importar, añadiendo puntos negativos al déficit de nuestra balanza comercial. Y está, por último, el paro, no sólo de los braceros (de 15.000 a 20.000 se van a quedar sin trabajo sólo en Badajoz), sino también de los pequeños propietarios y arrendatarios.

Para evitar que estos fenómenos se reproduzcan el próximo año no hay más remedio que apoyar financieramente al campo. Solo que aquí se presentan dos claros problemas: el primero es de dónde sacar los recursos necesarios, cuestión no sencilla, pero no de imposible solución. El segundo y más peliagudo es cómo distribuir esta ayuda; y, como siempre ocurre, saltan las dudas sobre si se repartirá equitativamente, si no serán los que más tienen y, por tanto, los que menos padecen, quienes recibirán la mayor parte. Una vez más se plantea la necesidad de organismos representativos de los campesinos, que son los que podrían distribuir equitativamente las ayudas oficiales o los recursos crediticios privados.

En algunas provincias, y de cara a hacer frente a este problema, ya se han creado comisiones que reivindicar que todo el dinero que venga pase por sus manos y sean ellos quienes lo distribuyan y no "los de siempre". ■ C. E.



Las heladas van a agravar hasta extremos críticos la ya difícil situación del campo y los campesinos.

ha abatido sobre los campos de Levante, de Cataluña, de Extremadura, de Andalucía. Varios grados bajo cero —hasta siete en algunos lugares— y capas de hielo de hasta tres y cuatro centímetros han acabado con lo que parecía iba a ser una excepcional cosecha. Y ha llegado la hora del drama.

El Ministerio de Agricultura se ha apresurado a matizar las primeras evaluaciones de la catástrofe: no superará el 1 por 100 de la producción final agraria, que alcanzó los 900.000 millones de pesetas en 1976. Otras fuentes, las de los organismos agrarios y los Gobiernos Civiles de las distintas provincias afectadas hablan de cifras muy superiores. Tan sólo en Badajoz pueden haberse perdido cosechas por valor superior a los 10.000 millones de pesetas. Esta provincia extremeña, junto con las zonas levantinas —Valencia, Castellón, Murcia, Alicante, Tarragona— y las comarcas fruteras de Lérida, parecen ser las más afectadas por el desastre.

Pero también se han producido daños importantes en Granada, Córdoba, Jaén y Almería, en Zaragoza, Teruel, Logroño, Vitoria y hasta en Orense. Los productos

como es el caso de Badajoz y de las provincias vitícolas de Andalucía —las heladas han sido fortísimas en Moriles-Montilla—, a estas cifras habrá que añadir los jornales que dejarán de percibir los braceros, al haberse perdido las cosechas: eso también se computa en la producción final agraria, y tan sólo en Badajoz se calcula una pérdida de jornales por valor de 5.000 millones de pesetas.

La batalla de las evaluaciones va a ser importante en los próximos días. Importante, desde luego, para los afectados, porque a tenor de estas evaluaciones se establecerán los eventuales apoyos financieros que el Ministerio de Agricultura, el Gobierno, pueda establecer al respecto. Una provincia, Badajoz, ya ha solicitado la declaración de zona catastrófica, a la espera que dicha calificación canalice ayudas. Murcia, afectadísima en sus huertas por las heladas, probablemente lo hará en próximos días.

Campesinos y braceros pacenses, que hace pocos días cortaban la carretera con sus tractores, ya han celebrado sus primeras asambleas para tratar el tema, ya han nombrado a sus representantes,